

## EN RECUERDO DE RAFAEL DEL ÁGUILA

*Por Elena García Guitián*

Su temprana muerte nos dejó una obra inacabada. Esa insatisfacción por no disponer de un tiempo que necesitaba pero que se le escapaba de entre las manos fue lo que le impulsó a continuar con una actividad frenética en un período en el que sus fuerzas flaqueaban. Mientras los demás contemplábamos su empeño con una mezcla de admiración y estupor, dándonos por satisfechos con los excelentes trabajos que nos había proporcionado durante estos últimos años, él continuaba su tarea contra viento y marea, esperando poder sacar a la luz todo lo que ya estaba bien articulado en su interior. Y le faltó tiempo.

Su periplo intelectual comenzó hace ya algunas décadas, muy condicionado por el contexto político que le tocó vivir, lo que se reflejó en sus primeros trabajos sobre el discurso político de la transición española. Identificado con posiciones de izquierda, de ese período arranca una reflexión que le hizo dedicarse al análisis del discurso ideológico. Como lector de intereses amplísimos y trabajador incansable, emprendió un viaje de largo recorrido que le llevó a abordar el estudio de los fascismos, socialismos, conservadurismos, liberalismos, etc., recogido en múltiples ensayos, que a su vez le sirvió para dar forma a su propio pensamiento y definir sus convicciones políticas. Esta ruta la completó en los últimos años con su análisis sobre los «intelectuales», que en realidad constituye una reflexión sobre las ideas políticas de los principales pensadores contemporáneos.

El círculo se cerró, y el resultado le causó cierta perplejidad al percatarse de que alguien como él, que toda la vida se había considerado a sí mismo un pensador de izquierdas, acababa defendiendo una «política de medida», muy cercana a la propugnada por pensadores liberales como Berlin o Shklar desde fundamentos pluralistas. Pero es que una de las cosas que más irritación le causaba era lo que consideraba la incapacidad de la izquierda para articular un discurso coherente que, habiendo aprendido de los errores del pasado, ofreciera una nueva fundamentación de sus propuestas políticas sin caer en la banalización o en la vuelta atrás bajo nuevas etiquetas. De ahí su disgusto cuando en foros académicos se criticaba su postura sin entrar en argumentaciones, simplemente calificándola de típicamente liberal (en el sentido de convencional y moderada).

No obstante, no había nada más alejado de los clichés que su visión política, adquirida con el tiempo y el análisis riguroso de los fundamentos de las diferentes tradiciones de pensamiento, en combinación con esa actitud que consideraba fundamental para evitar los fanatismos y que él personalmente adoptaba, la apertura a la crítica y a la autorreflexividad permanentes.

Por eso, a diferencia de lo que parece haberse convertido en habitual en muchos campos del saber, con la proliferación de escritos precipitados y convencionales fomentados por la presión para obtener un alto nivel productivo a cualquier coste, los por otra parte también muy numerosos ensayos de Rafael se apoyan en una sólida base teórica y se abordan con honradez, desde esas fuertes convicciones, sin unas conclusiones establecidas de antemano que condicionen sus razonamientos.

Esta forma de plantear su trabajo es el punto común de sus análisis sobre temas tan diversos como el concepto de lo político, la cuestión de la legitimidad del poder, el juicio político, la razón de Estado, la tolerancia, el papel de los intelectuales o el peligro de las ideologías. Reflexiones abstractas que se reflejan en su tratamiento de cuestiones más tangibles como las tensiones que se generan en las sociedades multiculturales de nuestra época, los desafíos de la inmigración o la necesidad de promover una educación cívica ciudadana, que son buena muestra de su preocupación como intelectual por no quedarse instalado en una torre de marfil. En relación con ello, era conocida su disposición para participar en todo tipo de debates abiertos a un público general, lo que le llevó a aceptar en los últimos años acudir a la radio para presentar su punto de vista sobre las cuestiones más candentes de la actualidad política.

No obstante, si hubiera que destacar sus mayores aportaciones teóricas, habría que señalar dos: sus investigaciones sobre Maquiavelo y su articulación de una visión pluralista que en lo político suponía adoptar lo que denominaba en su último libro «una política de medida». En relación con el primero, la exhaustividad y profundidad de su análisis hacen de él un especialista de primer nivel, a pesar de que cierta dejadez o pereza no le hicieran capaz de impulsar la traducción de sus escritos a otros idiomas, lo que sin duda hubiera contribuido a su difusión fuera de nuestras fronteras. Su largo idilio con Maquiavelo comenzó con la preparación de su memoria de cátedra, y dio lugar a uno de los capítulos publicados en el segundo volumen de la conocida *Historia de la Teoría Política* editada por F. Vallespín. Desde entonces, el estudio del florentino siguió siendo uno de sus temas favoritos, revisado y continuado a lo largo de los años, especialmente durante su siempre recordada estancia en el Instituto Europeo de Florencia, hasta dar lugar a *La república de Maquiavelo*, escrito en colaboración con S. Chaparro.

Respecto a lo segundo, a pesar de constituir un proyecto inacabado, cabe decir que la articulación de su visión pluralista es el punto común que une sus últimos libros, desde *La senda del mal* a *Crítica de las Ideologías*, pasando por *Sócrates furioso*. En este sentido, a pesar de que aborden temas muy diferentes,

está presente en ellos el intento por situarse y escapar de las posiciones políticas, tanto de los impecables como de los implacables.

Y toda esta actividad intelectual consiguió hacerla compatible con una dedicación a la Universidad que sus compañeros no podemos dejar de agradecer. Su preocupación por la docencia, su implicación en la gestión y organización universitaria, y su amistosa propensión a pasar el tiempo con colegas y discípulos, hacían de él una *rara avis* en el mundo académico en el que nos movemos.

No pasaba nunca desapercibido, y aunque nos ha dejado muchas cosas, no es nada comparado con todo lo que podría haber aportado.

Le echaremos mucho de menos.

*Rafael del Águila Tejerina, Catedrático de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid, falleció el 13 de enero de 2009. Entre muchos otros cargos y responsabilidades, era vocal del consejo de redacción de Historia y Política; la revista publicará en el próximo número un dossier de estudios en homenaje a su obra.*

